

Existe una forma de la tristeza que es, por así decirlo, positiva. Me refiero a aquella que inclina nuestro pensamiento a la auto-crítica. El desagrado que sentimos, o que, al menos en justa medida, deberíamos sentir por nosotros mismos, tiene algo de constructivo.

Pienso que nuestros intentos de tratar constructivamente con nuestros malos ánimos es similar, en su ironía, a nuestros infructuosos intentos de estudiar el sueño. Me refiero a que en aquél, como en éste, todo espíritu analítico o científico parece destinado al fracaso, y la interpretación poética supera, por lo general, con creces al estudio metódico. Del sueño, la ciencia nos ha provisto de poco más que ciertas fases distintivas—cuya utilidad científica es, a lo sumo, dudosa, cuya caracterización es pobre, y cuyos criterios de identificación son poco claros—. A esto se añade una poco interesante acumulación de observaciones experimentales sobre los efectos de su privación, apropiadamente sistematizada y estandarizada—es cierto—pero en sus rasgos generales del todo obvia y sabida por el más ignorante de los hombres. Toda esta falsa sabiduría es, a mi juicio, ampliamente superada por la observación de Shakespeare, *\*we are woven from the fabric of which our dreams are made\**, o la precisa intuición de Epicuro, que ya cité en otro artículo:

> <> ' , > >> *\*The imagery of delusion or of dreams is real inasmuch as it is stimulating: > what does not exist, does not affect.\**

¡Tantos miles de papers, superados por versos e intuiciones!

En mi caso, me resulta difícil aprovechar el ímpetu que me otorga mi poca conformidad conmigo mismo. Soy, o al menos así me parezco a veces, un alma pésima y sin luz. Esto es particularmente cierto en el amor, que busco incansablemente y nunca aprendo a disfrutar serenamente. Creo identificar al menos cosas de mí que, a este respecto, causan dolor en mí o en los demás.

La primera es una inestabilidad terrible en mi representación de los demás. Si bien no lo externalizo, mi fuero interno se mueve de la absoluta satisfacción al desagrado o al repudio a veces en cuestión de minutos. Los demás (o así lo creo) no sufren de esta desgracia, porque, consciente de su carácter neurótico y endógeno, la oculto en mi interior. Pero sí castiga mi corazón, causando malestar innecesario en un cariño que podría fluir estable y continuamente.

La segunda es una dificultad atroz para simplemente aceptar aquello que se me ofrece. Incluso con personas afectivamente cálidas o generosas, siento que nunca es suficiente. Nunca termina de ser claro, ni siquiera para mí, exactamente qué es aquello que podría satisfacerme plenamente. Soy consciente de que abandonar toda demanda y simplemente aceptar aquello que el otro puede y quiere darme es el camino a una vida más feliz y satisfecha. Pero en mi corazón, jamás parezco estar saciado.

A todo esto, uno debe añadir que he sido terriblemente frío